

No dejó pasar detalle ni minuciosidad alguna.

Revisó de un modo ideal pero nimio, todo cuanto forma el establecimiento de un nuevo nido de amantes, y á todo dió un valor.

La lista debió de ser larga, pero completa.

Era preciso pensar en todo, ocuparse de todo, valorizarlo todo.

Así fué.....

Desde el piano y los espejos de la sala, hasta las *cazuelitas* y las cucharas de madera de la cocina.

Aquella alma que apenas queria tocar el mundo, como una nube, tuvo que descender á la consideracion de los mas groseros elementos físicos.

Aquella mano que solo hubiera deseado escribir las palabras *ángel, cielo, idealidad, &c.*, apuntó temblando y provista de una pluma *metálica*, la palabra *aventadores!*.....

Pero era *preciso*, y se sujetaba.

Sumó, por último, y el resultado *le dió* una cantidad enorme.

Habia allí muchos ceros que debian de llenarse solamente con *oro*.....

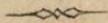
—¡Ni soñando hago *esto!*..... exclamó arrojando la pluma ó el lápiz sobre la mesa.

—Pues señor..... — continuó — si yo soy el *hombre* de esa *mujer*..... ¡brillante matrimonio le espera!.....

Pero..... ¿no se casan tantos?..... Mil, diez mil familias viven bajo cierta comodidad y aun con cierto *comfort*, como dicen los ingleses, con la mitad, ó tal vez menos de lo que yo *gasto* en mi vida solitaria y destituida de placeres.....

¿En qué consiste?.....

¿En *algo* que es preciso averiguar, y que yo descubriré ahora..... ó nunca!.....



CAPÍTULO VIII.

COSAS PUBLICAS Y HOMBRES PRIVADOS.

XXXIX.

Trascurría á la sazón una de tantas épocas que ha sufrido en México la idea liberal y el sentimiento progresista.

El sentimiento universal habia tenido que callar á *cintarazos*.

Zuloaga habia *corrido* un albur, al que habian *ido* grandes cosas, Juarez y el clero.

Los «padres» abrieron su breviario y exorcisaban la idea progresista, con el mismo fervor que si se tratara de una nube.

La nube habia empezado á desencadenarse sobre la situacion en cuyas ruinas se apoyara la silla de D. Ignacio Comonfort, y aun flotaba en el vacío, amenazando al elemento conservador.

Le amenazó de muerte, pero no le mató.

Todo le quedaba al elemento liberal.

El conservador habia empezado á *cajearse* con la Europa. Jugaba *el todo por el todo*. Ponia su última *parada*.

Corria, pues, un terrible albur.

La Iglesia sacudia sus campanas en son de rogativa.

Los entonces llamados *fieles*, pretendían matar la luz del cielo de la idea, mediante preces, cruces de *liston* y un influjo puramente *ascético*.

Las mujeres *se confesaban* en los templos, de tener amantes ó maridos *puros*.....

El arzobispo, con la mitra en la cabeza, revestido de *pontifical*, el báculo levantado y la actitud solemne y resuelta, amenazaba de muerte al águila de nuestras armas, como si se tratase de un perro rabioso ó de un poseído.

Todo iba así.....

Las miradas estaban atentas, y el formidable azar, el albur terrible, corría en presencia de todos.

Estaba escrito que el clero recibiría la penúltima sonrisa de la suerte.

Por entonces debía de ganar un poco aún.....

Salió un *as de espadas*, un Miramon, una cosa feroz y violenta como una catapulta, una entidad arrojadiza nada mas que de balas y decretos.

El clero entonó en la Catedral su solemne y consagrado *Te Deum*.

Se entregó á Miramon la cosa pública para ver *qué hacía*, como se entrega á un niño un reloj descompuesto é inútil.

Miramon dió golpes sobre la delicada máquina y acabó por destrozarla. La hizo, puede decirse, verdaderamente pedazos.

Ninguna espada resiste sin romperse á los golpes dados sobre una idea.

La idea es, por decirlo así, el granito, el diamante, el átomo primitivo de todas las cosas, y las cosas son de su tiempo.....

¡Cándidos! Id á soplar sobre el sol que no os deja dormir!....

Apagad la hoguera matinal del firmamento que no os deja soñar sombras y acariciar quimeras!.....

Matad la sublime antorcha de la verdad social, que baja á deslumbraros en vuestros delirios y á evidenciar vuestros suspiros por el pasado!.....

Allí no hubo un director de escena.

Por regla general, cuando la dictadura invade á México, la administración no cuenta propiamente con un primer magistrado.

Se asesina al pueblo de muchos modos: ya rompiendo cráneos á balazos, ya trozando con una pluma de acero la grande arteria de la opinion.

La cuestion, por regla general, degenera hasta el grado de tener que buscarse entre las entidades prominentes de la situacion, buena y simplemente al «primer espada.»

Cuando un enfermo no *tiene remedio* y así lo han declarado todos los facultativos, se esperan los primeros síntomas mortales, y entonces se llama al *homeópata*.

Miramon y Maximiliano fueron los *homeópatas* en las últimas convulsiones del partido conservador en México.

No debían de sobrevivir á los últimos esfuerzos burlados, y sucumbieron con ellos.

Sucumbir con un principio, es resolverse á presentar al mundo el espectáculo de dos cadáveres que se identifican, de dos polvaredas que se confunden perdiéndose en el espacio para siempre.....

Las situaciones públicas se encuentran, por regla general, á la altura de sus gefes.

Así sucedía en la época á que nos referimos; pero Miramon jamás llegó á pasar de *cierta altura*.

En los combates era asombroso.

Pasaban millares de balas á su lado, como no queriendo tocarle por respeto.

En Calpulalpam le hirió una idea.

Le cargó la opinion como una columna de héroes invulnerables, y sucumbió á las balas del *revolver* republicano, cargado de proyectiles y de ideas.

Los recuerdos guardan consignado aquel grupo confuso de mitras, plumajes y bordados, en cuyo centro aparecia la figura juvenil de Miguel Miramon, verdadero anacronismo de nuestros tiempos y gefe de la última patrulla que el clero llamara en su auxilio.

Jóven, arrogante y no exento de simpatía, presidia de un modo novelesco su peloton de monjes y soldados.

Sus miradas de águila abarcaban de un golpe el mas complicado campo de batalla, y parecia que una *ojeada* de Miramon hacia estallar á un tiempo todos los cañones de su campo.

En Calpulalpam se vió vencido, y su valor guerrero pudo dictarle una protesta contra la idea que triunfaba.

Allí la *rubricó* con la punta rota de su espada, y aquella *rúbrica* «hizo» mas tarde en Querétaro.....

Por otra parte, en aquel tiempo «se hizo» el gobierno *subtegmine-fagi*.

Chapultepec, antigua residencia del presidente que habia sido alumno del colegio militar; Chapultepec, decimos, empezó á tener no sé qué de *Miramar*.

Algunas de las señoras usaban en la cabeza, joyas que tendian visiblemente á algo que parodiaba la figura de una corona.

El génio encendia la vela, y aquellas gentes soplaban sin cesar sobre la flama.

El derecho público y el derecho político se refundieron en la policia urbana.

Las garantías individuales quedaron convertidas en nombres raros, *incrustados* en la hoja del sable de Lagarde.

La pluma escribia y el fusil borraba.

Llovia, no agua, sino plomo, sobre las cabezas, encima de

las frentes, sobre los corazones, para que nadie pensara ni sintiera.

Se fusilaba en Tacubaya, y se brindaba en Chapultepec casi con sangre.

Todo estaba, en fin, nublado, y presentaba aspecto de catástrofe.

En el cielo de México se condensaba una niebla aparentemente compacta.

Algo mas.

Puede añadirse, sin temor de incurrir en una marcada hipébole, que en México *fué* de noche durante todo aquel tiempo.

Para el espectador frio, filosófico y razonador imparcial, todo aquello era un espectáculo ilógico, una loca *jerigonza*, en la que no se embozaba mas espíritu que el de cubrir bien con el bonete ó con el *kepí* la mano que avanzaba con tiento hácia lo que mas tarde quedó consagrado con el nombre de «Caja central.»

Y *¡un muchacho!* presidia todo esto!

Era consiguiete que México quedase reducida á la condicion de «jugar á las muñecas.»

Todavía entonces se subia á la silla de oro á saltos y como jugando.

Márquez y sus amigos se retiraban *extramuros* á «echar una copa de sangre» á la salud de aquel clero y de aquel ejército, y Lagarde declaró conspiradora á toda la poblacion.

Puede decirse que la poblacion de México tenia «la ciudad por cárcel.»

Tambien puede decirse que los Excelentísimos señores Presidentes de la República mexicana, D. Antonio López de Santa-Anna y D. Miguel Miramon, han encontrado alguna vez por muy conveniente que toda la República se presentase *arrestada en el cuarto de prevencion*.

Pueden perdonarnos nuestros lectores el empleo de estos conceptos, correspondiente con toda propiedad y en rigor al lenguaje puramente militar.

Hemos hecho alusion en las anteriores líneas á épocas y hombres militares, únicamente militares.....

XL.

Las grandes transiciones sociales producen tambien su bafía: al asentarse, precipitándose al fondo lo que mas pesa, sobrenadan, como menos densos, mil hombres—moléculas, mil átomos flotantes, inapreciables, vermiformes, y que se retuercen y pugnan por precipitarse al fondo de toda situacion, como los gusarapos dentro de un vaso de agua. Cuando en México vacila un órden de cosas, salta de la nada un maravilloso número de adeptos del contrario, y por poco que sea su valor, llega á determinar la preponderancia del elemento revolucionario.

Suele acrecer su número hasta convertirse en fabuloso.

No lo equivoquemos con el de los hombres guiados por las apremiantes sugerencias de la idea y del principio.

Creemos que la conviccion, al obrar, trae consigo su parte de abnegacion y de martirio.

Los que obran bajo la conviccion no son *aquellos*: aquellos no son capaces de abrigar la chispa sublime de una idea: toda situacion moribunda acaba por ser devorada por su propia miseria: cuando ha combatido á sus enemigos grandes, leales y fuertes, sigue luchando con los insectos sociales, da cuerpo é importancia á los reptiles, se bate con pequeñeces *atómicas* y sucias como piojos.....

Al finalizar el período de la presidencia de Miramon, todo

el mundo conspiraba en México. La policía se volvia loca; eran ineficaces todos sus esfuerzos.

Dentro de la ciudad vivia la conspiracion, sorda, tenebrosa, inevitable. Por afuera se acercaba la revolucion, franca, segura, indómita.

La conspiración, con sus sombras, con su carácter crepuscular, minaba en secreto el recinto ocupado por el sillón del joven dictador: los conspiradores han necesitado siempre ese génio de alas cárdenas que conduce á tientas, pero de un modo directo y seguro, hasta el desenlace anhelado.

Los revolucionarios encienden el sol para guiarse en sus operaciones, y entre el hemisferio de las sombras y el de las luces, queda apretada, oprimida, sofocada, muerta, la situacion que se combate.

La fuerza y la luz por un lado, la noche y la sinuosidad por el otro; he aquí los dos elementos generales que juegan en tales luchas.

Los detalles suelen presentar otro espectáculo, ser otra cosa, de la cual es necesario desapercibirse. Los detalles suelen ser muy varios, y entre ellos suelen dejarse ver algunos no muy limpios.

Pero en los cuadros revolucionarios es preciso aceptarlo todo, pues todo aumenta la fuerza y tiene un valor explotable. El génio vuela á reflejar sus destellos sobre las armas de los combatientes, el *ánima vili* tiene allí su importancia y su lugar, y en la dilatada escala que existe entre la acémila y el génio, basta buenamente *el hombre* visto y considerado en todas sus facetas, ya brote á la revolucion abortada de la ciudad como un *detritus* social, ó ya se desprenda de una situacion para ir en pos de otra.

A la influencia de tales consideraciones, jamás hemos podido explicarnos cómo puede disputarse la moralidad de nin-

guna revolucion, sino considerando esta en su acepcion mas lata y fijando la vista en la mas noble y mayor escala, por decirlo así, de los grandes acontecimientos sociales.

Así como hay hombres que hacen revoluciones, así hay revoluciones que hacen hombres.

Las *capacidades* se van deduciendo de las audacias distributivas, por decirlo así, y las situaciones revolucionarias tienen la virtud de llenar de rosas y oro los mas grandes cerros de la sociedad.

XLI.

En la época en que terminaba la efímera dictadura de Miguel Miramon, habia en México un Don Martin *que conspiraba*.

Tenia familia y no recursos, y no teniendo qué hacer, conspiró.

La cosa era muy sencilla. Conspirar es abrirse la puerta del destino, sin mas trabajo que declararse adepto ó partidario del orden de cosas que va á triunfar.

D. Martin habia pasado su vida sin ser nada, sin poseer ni ejercer profesion alguna, tutoreado por las nubes, hijo mimado de la Divina Providencia.

Y sin embargo, así habia vivido, así habia producido una familia; era un hombre de quien jamás pudo saberse nada malo y nada bueno: un ente que vivia como todos, sin declararse nada: sombra embozada en las lontananzas de la vida, sin aparecer notable ni importante para nada.

De esos hombres que años tras años llevan *el gasto* de su casa, sin que nadie sepa de dónde lo adquieren, pero que cumplen con las exigencias de los deberes domésticos con una precision y exactitud admirables.

Y es que D. Martin nunca habia tenido posicion social, pero en cambio tenia familia y la amaba tiernamente.

Llegó, sin embargo, una época en la que D. Martin se vió colmado de dificultades.

Pequeñuelo, activo, casi malicioso, casi reservado, parodiando al eficaz y al atrevido, deslizaba entre sombras sus proyectos disfrazados con el traje revolucionario; iba y venia por todas partes, temblando de un susto puramente dramático; mostraba en silencio y con misterio billetes firmados por Juarez, se llamaba *altamente comprometido* en una situacion complicada y difícil..... cada transeunte era un policía, cada calle un abismo, cada paso un precipicio. Se ocultó por fin, y fué á avisarlo á todo el mundo.

—Me tutean Ocampo y Degollado; Juarez ha confiado á mis trabajos y á mis apreciaciones el desenlace definitivo de esto. Van vdes. á ver!.....

Y el hombre lanzaba miradas desconfiadas hasta al sol.

Cambió tres ó cuatro escondrijos. Apuró la suma de las mas ingeniosas precauciones, se inundó en tinieblas, desempeñó de una manera maestramente artística el papel del agente. Se puso, por fin, inconocible y cuando hubo cumplido con este último requisito, empezó á tocar el logro de sus mas ardientes deseos.

¡Lo buscó la policía!

Esto al fin era algo; esto al fin queria decir un principio de realidad. D. Martin empezaba á hacer efectivos sus delirios; entreveía ya la orla de *tisú* de la espléndida túnica del porvenir.

La policía tuvo aviso de que un hombre se ocultaba cuidadosamente, y como era de suponerse, quiso averiguar la policía por qué se ocultaba un hombre.

La policía ejerce indistintamente acciones que nos permitiremos llamar *reales y personales*.

Cuando no encuentra á la persona se dirige á la cosa.